EL TEATRO

COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LÍRICAS

DÁRDIO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

inspirado por el Sullivan que estrenó el malogrado artista

D. JULIAN ROMEA

y escrito espresamente para honrar la memoria del inolvidable actor

D. JOAQUIN GARCÍA PARREÑO

POR

MANUEL ROVIRA Y SERRA

MADRID.

HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.

OFICINAS: POZAS—2—2.°

1883.

DÁRDIO

OBRAS DEL MISMO AUTOR

HERIR CON HONRA. Drama en tres actos y en prosa de costumbres cubanas.

¡TODAS VERDES! Juguete cómico en un acto y en prosa.

¡SENSACIONES! Cartas de un emigrado á Cuba.

LA VERGONZANTE CIEGA. Ensayo dramático en un acto y en verso.

PROVERBIOS (1). Recopilacion de artículos.

EL RIO DE LAS AMAZONAS (2), comedia lírico-dramática de gran espectáculo en cinco actos, arreglada á la escena española en prosa y verso segun la JANGADA de JULIO VERNE, con música original.

DÁRDIO. Drama en tres actos.

---

(1) En colaboracion.

(2) En colaboracion con D. José Carratalá.

DÁRDIO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

inspirado por el Sullivan que estrenó el malogrado artista

D. JULIAN ROMEA

y escrito espresamente para honrar la memoria del inolvidable actor

D. JOAQUIN GARCÍA PARREÑO

POR

MANUEL ROVIRA Y SERRA

Se estrenó en el Teatro Español de Barcelona con brillante éxito la noche del 29 de Marzo de 1883.

BARCELONA

IMPRENTA DE LOS SUCESORES DE N. RAMIREZ Y C.ª
Pasaje de Escudillers, núm. 4.
1883.

PERSONAJES.	ACTORES.
ADELA DE PEDRAL. . .	D.ª MERCEDES ABELLA.
JULIO DÁRDIO.. . . .	D. PEDRO RIUTORT.
RAFAEL DE OPORTO. .	» FRANCISCO TRESSOLS.
LEOPOLDO.	» FERNANDO RODRIGUEZ.
ANTONIO.	» LEANDRO SINCA.
UN CRIADO.	» PEDRO FIOL.

La accion pasa en Madrid.

A MIS PADRES

Es espejo de mil verdades la obra que escribí y que á vosotros dedico.

Manuel.

al Sr. Dr. Rafael Rubio — Su affmo. S. S. [illegible]

ACTO PRIMERO.

Salon riquísimo en casa de la Condesa de Pedral. Puerta al fondo y laterales. Alfombra, sofá, consolas con espejos; á la derecha del actor un velador con recado de escribir y varios periódicos.

ESCENA PRIMERA.

ADELA *y* ANTONIO.

ADELA. Sentaos, Antonio, y abreviad la relacion de esas cuentas. Tengo mucho que hacer, y no podria ocuparme en revisarlas.

ANTONIO Como querais.

ADELA. Hablad.

ANTONIO Yo no os hubiera dicho nada todavía; pero bien comprendereis, señora Condesa, la gran responsabilidad que pesa sobre mí. Hace próximamente dos meses que nos hallamos en la córte, y aun no os he enterado de como se...

ADELA. Bien, sí, os comprendo; pero acabemos, mi querido mayordomo; tengo mucha prisa...

ANTONIO Siempre la teneis para lo que en verdad no deberia interesaros tanto como vuestras rentas. (*Con intencion.*)

ADELA. ¿Vais á echar uno de vuestros parrafitos?

ANTONIO No, no señora.

ADELA. Si es así, os dejo.

ANTONIO Molestaos un poco. Pronto acabaremos. Dejadme ver el resúmen. Aqui está. (*Saca unos papeles del bolsillo y lee.*) Esto es.—Entregué á los dos dias de nuestra llegada á España, mil quinientos duros á vuestro confidente y amigo don Leopoldo.

ADELA. Comprendo; para sus gastos corrientes.

ANTONIO Vos lo sabreis. Al joyero dos mil trescientos, y giré una letra sobre Lóndres de igual cantidad.

ADELA. ¿Tanto dinero únicamente por el collar de perlas y las dos sortijas de brillantes?

ANTONIO No ignorareis el precio que debiais pagar por dichas alhajas.

ADELA. No recuerdo fijamente, pero... Continuad.

ANTONIO (¡Quién fuera joyero de mi señora!) Novecientos duros por el tronco de las yeguas tordas y seiscientos por el faeton. Estos son los gastos extraordinarios durante nuestra corta permanencia en Madrid. Ahora los ordinarios, como alquileres, sueldos, manutencion y demás, como siempre.

ADELA. Y de fondos ¿cómo estamos?

ANTONIO Podeis calcularlo, señora. Sumad las cantidades desembolsadas; restadlas por la que sabeis tenia en mi poder ántes de nuestra llegada á España, y obtendreis el resultado.

ADELA. ¿Lo habeis contado vos?

ANTONIO Sí, señora.

ADELA. ¿Y restan?

ANTONIO (*Mirando el papel.*) Veintidos mil reales únicamente tengo en mi poder.

ADELA. No me hableis de reales. Pedid al Banco de Lóndres una respetable suma.

ANTONIO ¡Ah! se me olvidaba decir á la señora Condesa que todavía se le debe al tapicero su cuenta.

ADELA. Extended una letra y la firmaré; no quiero estar sin dinero.

ANTONIO Aquí traia una á prevencion.

ADELA. ¿De qué valor?

ANTONIO De seis mil libras esterlinas.

ADELA. Dadme. (*Escribe.*) Tomad: podeis enviarla.

ANTONIO ¡Bravísimo!

ADELA. Avisad que preparen el carruaje. (*Sale por una puerta lateral.*)

ESCENA II.

ANTONIO.

¡Ah, pobre Condesa de Pedral, si yo no mirara por tu porvenir! Como de lo más inútil te desprendes de tu oro, y á este paso, fácil será que algun dia tengas que mendigar para obtenerle. ¿Qué seria de tí, si á mí tambien me gustara nadar entre placeres? Felizmente yo velo por tu porvenir y trato de evitar tu ruina.—¡Es muy extraño lo que pasa! ¡La Condesa no está en su estado normal! (*Despues de una corta pausa y enjugándose algunas lágrimas.*) Alguna historia dolorosa, algun recuerdo amargo tortura su pecho. El aspecto de aquella Adela que fué tan buena, no es el que hoy se retrata en su semblante. (*Toca un timbre y aparece un criado por el foro.*) Avisa que preparen el carruaje; la señora Condesa va á salir. (*Váse el criado.*) Creo tener bastante confianza con ella y he de tratar de hacerla hablar. ¡Si yo lograse que contara lo que la afecta! ¡Oh! ¡si pudiera arrancar dulcemente de su pecho el secreto que oculta!... He de intentarlo para convencerme de que grandes y amargas causas han hecho variar los buenos instintos que albergaba en su noble y honrado corazon.

ESCENA III.

DICHOS *y* LEOPOLDO.

LEOPOL. (*Entrando por el foro.*) Buenos dias, respetable mayordomo.

ANTONIO ¡Hola, Tenorio del siglo!

LEOPOL. ¿Os estais chanceando conmigo?

ANTONIO Aun cuando así fuera, no haria ni mas ni menos que lo que vos haceis, y eso que ni aun para bromear sirvo.

LEOPOL. (*Sentándose.*) ¡Ah! ¡querido protector! ¡estoy aturdido!

ANTONIO ¿Aturdido vos? ¿Es posible?

LEOPOL. Y hasta tal punto, que si no fuera por el qué dirán, no tardaria una hora en despedirme para *in eternum* de todas mis amistades habidas y por haber.

ANTONIO ¿Pues qué os pasa, querido jóven?

LEOPOL. ¡Qué me pasa preguntais! ¡Ah! ¡Bien pudiera reposar en el sueño eterno! Así algunas veces cuando quiero contar lo que me está pasando, veríame libre de este sudor pánico, más que pánico, cadavérico que baña mi frente. (*Enjugándose la frente con el pañuelo*).

ANTONIO Me llenais de asombro, y no sé...

LEOPOL. Escuchadme por favor y decidme luego que sepais la causa, si tengo ó no motivo bastante para desesperarme.

ANTONIO Vamos á ver.

LEOPOL. Figuraos que despues que me entregasteis por órden de mi querida Adela, los mil duros...

ANTONIO (¡Sí, vaya! lo de siempre; los evaporaste.)

LEOPOL. ¿Qué?...

ANTONIO No... nada.

LEOPOL. Quise probar un lbur; jugué quinientos duros,

y por una fatal casualidad fueron á parar á otro bolsillo que el mio, y gracias á que los otros diez mil reales quedaron de reserva.

ANTONIO Y...

LEOPOL. ¡Oh!... ¡Ya vereis la gorda! Desde aquella inolvidable fecha, no me habia acercado más á ninguna casa de juego, cuando de repente y sin saber por qué, entróme la idea anoche de penetrar en uno de los salones de conferencias misteriosas del casino, y... ¡Adios, reputacion ilustre y diez mil reales mios! Cuando delirante esperaba una sota para doblar mi suma... ¡Pícara suerte!... apáganse de repente las luces de gas que iluminaban el salon, al oir esta palabra mágica: «¡la policía!» Acelerado, apresuré mi fuga, no sin tropezar con sillas, bancos, puertas y balcones. Cuando creí que habia ganado la escalera, distinguí entre la oscuridad un bulto. Abracéme á él, creyendo fuese el portero, y... ¡Cataclismo atroz! ¡Noche funesta! No sé por dónde aparecieron luces, y ví que el hombre á quien yo abrazaba...

ANTONIO ¿Era?...

LEOPOL. El agente de policía don Blas Sinsontes.

ANTONIO ¡Je, je, je!

LEOPOL. ¡Me quedé estupefacto!

ANTONIO El lance no era para ménos.

LEOPOL. Escuchad, querido Antonio, que ahora sigue la parte más sensible de mi desastrosa historia. Aquel fatal *quid pro quo*, mi carácter tímido, mi cobardía natural, todo coincidió en aquel instante para que me pusiera á temblar con más fuerza que cuando por mi enfermedad recibia los baños rusos. ¡Qué! no es posible que podais comprender lo que sufrí en aquel instante. (*Cambiando de tono.*) Y todo por tí, Condesa de Pedral, por no deshonrar tu ilustre nombre! (*Con énfasis.*)

ANTONIO (¡Lo fué en sus tiempos!). (*Tristemente.*)

LEOPOL. Poco despues, acompañado del respetable señor don Blas, fuí presentado al señor Gobernador, quien, enterado ya de lo ocurrido, me hizo los honores merecidos. ¡Ay! mi querido mayordomo, si no llega en mi auxilio el amigo que me ganó el primer albur y no paga por mí la multa que nos impusieron, en estos instantes, mi timidez y la debilidad de mi carácter, me habrian conducido á hacer compañía á los desocupados que pueblan la cárcel del Saladero.

ANTONIO Y seguramente, ahora habreis venido en busca de...

LEOPOL. Sí, sí; eso es. *D'arjant* con que poder cegar á los que me han visto en hora tan menguada, y devolverle lo prestado á mi buen amigo.

ANTONIO Pues debeis apresuraros, porque la señora Condesa va á salir al momento.

LEOPOL. Siendo así, voy á... (*Va á entrar.*)

ANTONIO No os molesteis: ella llega.

LEOPOL. Es verdad.

ANTONIO Cuidadito otra vez con la sombra del portero. (*Váse.*)

ESCENA IV.

LEOPOLDO, ADELA, *que aparece con un elegante traje de calle.*

ADELA. ¡Tú aquí, y en el instante en que iba á subir al coche!

LEOPOL. No te detenga tan leve inconveniente: puedes salir si gustas.

ADELA. Jamás consentiré en dejarte solo, y triste segun observo.

LEOPOL. ¿Triste? Al contrario; estoy de muy buen humor...

ADELA. Lo celebro.

LEOPOL. Y yo tambien, porque... (Allá voy) al fin veré realizarse mi sueño dorado.

ADELA. ¿Cuál?

LEOPOL. El de partir donde no puedas verme jamás. Lejos, á Pekin, á tierras desconocidas.

ADELA. Vamos á ver; ¿qué te pasa?¿ Quieres volverme loca, ó es que tramas algun ardid para sacarme como de costumbre una letra á la órden?

LEOPOL. No; no son letras las que me hacen falta.

ADELA. ¿Pues?...

LEOPOL. Son mil duros los que necesito para librarme de ser habitante por algun tiempo de los presidios de Ceuta.

ADELA. ¡Cuando yo lo dije!... ¿El juego?...

LEOPOL. Sí, el juego me... En fin, vamos, no me preguntes. Estoy á las órdenes del señor Gobernador y á la disposicion de un buen amigo.

ADELA. ¿El Gobernador? Felizmente me conoce, pues he tenido el gusto de hablar con él en el Real. Es una atenta y bella persona... Mira, toma. (*Coge una tarjeta del velador y escribe.*) Entregándole mi tarjeta, nada debes temer por ese lado.

LEOPOL. (*Tomando la tarjeta.*) Pero... ¿y el amigo?

ADELA. ¿Quién es? ¿cómo se llama?

LEOPOL. Fuerin. Es un inglés.

ADELA. ¿Fuerin?... No le conozco.

LEOPOL. Como si tuvieras obligacion de conocer á todo bicho viviente.

ADELA. ¿Y le debes?...

LEOPOL. Una friolera; quinientos duros.

ADELA. ¡Cómo ha de ser! ahí tienes la órden. (*Escribe.*)

LEOPOL. (*Con mimo*) ¿No puede ser gemela esa cantidad? Bien pudieras agregar otros quinientos, querida Adelita.

ADELA. Quinientos, no; pero sí la mitad. Toma. (*Entregándole el papel.*)

LEOPOL. ¿Que te costaría?

ADELA. Es necesario cortarte un poco los vuelos. Tanto más, cuanto que estoy muy enojada contigo. Unicamente vienes á verme cuando me necesitas. Para eso tan sólo te acuerdas de mí. Mas hoy te exijo que estés aquí á las once; he convidado á almorzar á dos de mis más predilectos amigos y quiero que nos acompañes.

LEOPOL. Bien; no faltaré.

ADELA. Deseo reir y gozar á mis anchas. Por hoy, serás... mi primo. Te espero. Adios. (*Váse por el foro.*)

ESCENA V.

LEOPOLDO.

¿Su primo? ¡bravo! bravísimo! ¿hoy es domingo? Justo. (*Recordando.*) El lunes pasado... ¿qué fuí?.. ¡Ah! ya me acuerdo: su hermano. El martes... su cuñado, cuando estuvimos de visita en casa de... eso es. El miércoles... nada... ese dia no la ví. El jueves... dia de moda en el teatro... como siempre, su primo. El viernes... bien me acuerdo; estuvimos en el baile, en casa del Coronel... el viernes fuí su hermano. En conclusion; unas veces hermano, otras cuñado, otras primo; y entre primo, cuñado y hermano, se va un dia á armar tal jerga, que ni el Espíritu Santo va á saber el grado de parentesco que me une á ella. Estas tenemos y tendremos hasta que la Condesita se canse de darme mas órdenes para su mayordomo. (*Pausa.*) ¡Servir de primo á una mujer! este es mi destino en el mundo. ¡Ay!... ¿quién me lo hubiera dicho?... Llegar un hombre á tal extremo, es descender totalmente del pedestal de su dignidad y convertirse en un cualquiera. En fin,

así viene el mundo, y así hay que tomarle. Demos lo que nos conviene por ahora: al mayordomo la órden, y al señor Gobernador la tarjeta. (*Lee.*) «Acoja bajo su proteccion á mi primo...» ¡Sí, vaya! primo siempre, hasta la muerte. (*Con ademan alegre y mostrando el papel.*) Primo con órden. (*Váse por el foro.*)

ESCENA VI.

ANTONIO, *al poco rato* DÁRDIO.

ANTONIO Es dia festivo; no podré hoy negociar la letra; no nos queda otro remedio que esperar con resignacion el dia de mañana.

DÁRDIO. (*Saliendo.*) Felices. ¿Hay permiso, señor mayordomo?

ANTONIO ¡Ah! ¿sois vos? Adelante, adelante, señor de Dárdio. ¿Cómo por acá tan tempranito? ¿No trabajasteis anoche?

DÁRDIO. Sí. (Por mi desgracia.) Trabajé, y con tan feliz suerte, que al concluir, fuí invitado por la señora Condesa al almuerzo de hoy.

ANTONIO ¡Ah... ya! Precisamente recuerdo que me ha hablado con interés del almuerzo de esta mañana. Con seguridad seria, porque contaba verse honrada por el reputadísimo actor don Julio Dárdio.

DÁRDIO. Suplico al señor mayordomo que excuse tantos elogios, pues soy indigno de merecerlos.

ANTONIO Nada de eso: son sobradamente merecidos.

DÁRDIO. Servíos decirme: ¿está visible la señora Condesa?

ANTONIO No señor; precisamente ha salido há poco rato.

DÁRDIO. Lo estraño en verdad.

ANTONIO ¿Por qué?...

DÁRDIO. Por nada; pero habíamos quedado anoche en vernos una hora ántes del almuerzo... (*Mirando el reloj.*) Son las diez, y...

ANTONIO ¡Oh! Puedo afirmaros entonces que si mi señora os prometió veros á esta hora, no marcará la media el reloj sin que esté de vuelta.

DÁRDIO. ¡Ah! Es decir...

ANTONIO. Es su costumbre, no es puntual jamás, pero nunca llega á hacer esperar mucho tiempo su venida.

DÁRDIO. (No le sucede así en el teatro.) Pues si me permitís, la esperaré.

ANTONIO. Como gusteis: no hay ningun inconveniente. Tómome la libertad, en nombre de mi señora la Condesa, de deciros que podeis tomar posesion de su casa, señor de Dárdio.

DÁRDIO. Mil gracias.

ANTONIO. Ahora me dispensareis un instante. Me veo precisado á dejaros solo. (*Señalando el velador.*) Ahí teneis periódicos y libros. Podeis enteraros de ellos mientras os tomais la molestia de esperar. Un asunto urgente me llama.

DÁRDIO. Podeis retiraros cuando gusteis y escusar cumplidos.

ANTONIO. Pues con permiso... soy todo vuestro. (*Yéndose*)

DÁRDIO. Gracias. A lo mismo me ofrezco. Adios.

ESCENA VII.

DÁRDIO.

(*Despues de haber dicho las primeras palabras, siéntase junto al velador y lleva á sus manos un periódico.*) ¡Qué buen sujeto me ha parecido siempre ese hombre! (*Siéntase y lee.*) «Gran teatro. Funcion para hoy. *Sullivan;* obra en que tanto se distingue el primer actor don Julio Dárdio. (*Deja*

el periódico y despues de una breve pausa.) Sí; es verdad: me distingo y más aún por tí, mujer ingrata. ¡Oh, Adela! Quisiera esta noche ser un génio fecundo para anonadarte al través de lo ideal. Quisiera ser la imágen de un Romea, para que vislumbraras lo cierto, representando la mentira. (*Pausa*). Recuerdo al gran actor honra y gloria de España! le miro ante mí, le veo representar su comedia favorita *Sullivan*, y me asombro al recordar aquella escena que es reflejo de mi misma vida. (*Como recordando.*) «¡Oh, Lelia! Porqué no me es dado que podais leer en el fondo de mi corazon!... Que hubieseis podido adivinar todos mis tormentos, mi martirio, en aquella aciaga noche!» Sí, sí; aciaga. Me vió, nos vimos ambos. El corazon de Dárdio la habló, pero el de Adela rió criminalmente. Lelia oía á Sullivan con los ojos bañados en lágrimas, y cuando yo digo la verdad á esa pérfida, ni llora, ni se compadece de mí; rie, rie siempre... y ella no sabe, no quiere saber que esa risa me mata, me mata, sí. (*Oculta la cabeza entre las manos y llora.*)

ESCENA VIII.

DÁRDIO *y* ADELA.

ADELA. Gracias, caballero Dárdio. ¡Dios mio! ¡Cuánto os habré hecho esperar!

DÁRDIO. (¡Ella!) A vuestros piés, señora Condesa.

ADELA. ¡Oh! mi buen amigo!

DÁRDIO. (Siempre su amigo).

ADELA. Dispensadme si he tardado.

DÁRDIO. Aunque hubiera sido así, no soy yo quien debe dispensaroos; ántes pido me perdoneis el ha-

berme adelantado, abusando de vuestra invitacion. (*Con risa intencionada.*)

ADELA. Siempre galante.

DÁRDIO. Y franco como ninguno.

ADELA. Eso es decir que venís á darme una prueba más cordial de fiel y sincera amistad.

DÁRDIO. A no dudar, comprendisteis anoche la causa que me hizo alcanzar de vos una entrevista ántes de la hora del convite.

ADELA. No tan solo no la comprendo, sinó hasta lo ignoro. Hacedme el obsequio de sentaros y tomaos la molestia de aclarar el enigma.

DÁRDIO. Anoche, desde el palco escénico, os ví como de costumbre en el vuestro, y... en fin...

ADELA. ¿Acabasteis ya? (*Con ironía.*)

DARDIO. No... no acabé.

ADELA. Como deciais... en fin...

DÁRDIO. Sí, es cierto: decía en fin, para quereros significar que omitia la parte preparatoria y entraba en la positiva que ha motivado el solicitar de vos esta entrevista.

ADELA. Hasta aquí no comprendo...

DÁRDIO. Vais en breve á comprenderme. Estamos solos y esta vez vá á abriros su alma el infeliz Dárdio.

ADELA. Podeis decir lo que gusteis. Tengo un gran placer en escuchar al digno actor y al buen amigo.

DÁRDIO. Ante todo debo preguntaros si teneis corazon.

ADELA. Me haceis reir. ¿Acaso no soy como las demás mujeres?

DÁRDIO. Quizá... Oidme, y dispensad mi imprudente pregunta.

ADELA. Siempre los buenos actores saben encubrir sus faltas con galantes frases.

DÁRDIO. Advierta la señora Condesa que jamás habló con ella Dárdio el actor. Siempre fué el desdichado Julio.

ADELA. ¿Os haceis en este instante la ilusion de que estais representando una comedia?

DÁRDIO. Por favor, Adela. Yo os suplico que no desgarreis mi corazon, que no me robeis las dulces esperanzas que dan aliento á mi alma. Por el recuerdo de la que os dió el sér, compadeceos de mí. No acabeis mi vida con vuestras frases de martirio. (*Pausa.*) Anoche, al dejaros, delirante, febril, caí en profundo letargo. Empapado mi corazon de amargas lágrimas, cesaron por un instante sus latidos, y... ¡Ay, Adela!.. vos ignorais lo que sufrí!... Vos no sabeis el vértigo infernal que me tortura. Soñé... soñé veros... junto á mi. Yo moria... me faltaba aire que respirar; pero llegasteis vos, me abrazásteis y vuestro aliento se mezcló con el mio... Poco á poco, mi pensamiento, mis sentidos todos, volvieron á recobrar su agilidad... De repente, y al verme salvado por vos, os desprendisteis de mí... ¡Oh, doloroso sueño!... Al separaros caí á una sima inmensa. Al recibir tan formidable golpe, mi corazon se oprimió, voló el espíritu, y entonces desperté recordando á una mujer, á una mujer que rie... mientras hace padecer!...

ADELA. ¡Ja, ja!...

DÁRDIO. Mujer que rie como vos reis ahora. (*Cubre su rostro con las manos y llora.*)

ADELA. (*Conmovida y con gran amargura*) Dárdio.. (no.. no...) (*Serenándose y cambiando de tono.*) Amigo mio, sentiria que si viniese álguien os viera así.

DÁRDIO. Es verdad. Mi exaltacion, mi...

ADELA. Os sentís malo?.

DÁRDIO. No, señora Condesa. Indisposiciones hay que por lo ridículas no se las puede llamar males, pero ocurren muchas veces algunas que aunque pequeñas al parecer, le arrastran á uno hasta la muerte.

ADELA. (Serenidad, Adela. Recuerda el papel que en mundo representas, y el deber que te impusiste.) (*Cambiando otra vez de tono pero con reprimida tristeza.*) Señor Dárdio, con su permiso me retiro. Mi ausencia será breve. Tened la complacencia de dispensarme y esperad. (*Váse.*)

ESCENA IX.

DÁRDIO.

(*Meditabundo y recordando una de las escenas del Sullivan.*) «¡Un cómico!.. Sí! el desprecio! ¡esa es su suerte! ¡Se le busca... y se le rechaza! Se le llena de aplausos... se llega hasta hacer de él un ídolo, para anona darle enseguida, ó para cubrirle de oprobio... ¡Es justo! es admirable de lógica, y...» (*Con un arranque.*) No! ¡quiero olvidarla! El teatro ha sido hasta hoy mi primer ideal, el teatro será la tumba de mis ensueños. (*Va á salir y aparece don Rafael.*)

ESCENA X.

DÁRDIO *y* RAFAEL.

DÁRDIO. ¡Qué veo!

RAFAEL. ¿Tú aquí? (*Abrazándose.*)

DÁRDIO. ¡Amigo Oporto!

RAFAEL. ¡Querido Dárdio...!

DÁRDIO. ¡Ilustre coronel!

RAFAEL. ¡Insigne actor!... ¿Cómo te hallas en casa de la señora Condesa?

DÁRDIO. Tiempo nos sobrará para contarnos... (*Abrazándole.*) Tantos años sin verte!

RAFAEL. Evidente verdad. Nos separamos cuando ámbos éramos capitanes; tú abandonaste las armas

en busca de lauros, y yo en pos de batallas en que obtenerlos. Sentémonos y cuéntame qué fué y qué es de tu vida.

DÁRDIO. (Rafael en esta casa...) Siéntome pues, ya que así lo quieres.

RAFAEL. Bravo! No sabes el gozo que esperimento al poderte hablar, y al verme junto al que fué mi fiel compañero y es hoy mi más apreciable amigo.

DÁRDIO. ¿Tratas de adularme?

RAFAEL. Bien sabes la estrecha amistad que siempre nos ha unido. Guarden para sí la adulacion los hipocritones y nosotros anudemos nuestra antigua alianza y amistad.

DÁRDIO. ¡Siempre el mismo! (*Abrazándole.*)

RAFAEL. ¿Cómo no? Vaya! Acaben los abrazos y empieza á contar tu historia desde el primer capítulo, ó por mejor decir, desde nuestra separacion. Historia envuelta entre laureles.

DARDIO. (Toda no... He de ocultarle...) Voy á complacerte, aunque con seguridad, no reunirá la mia tan nobles hechos y hazañas, tantas victorias como la tuya...

RAFAEL. A un lado los preámbulos.

DARDIO. Oye, pues.—Demasiado sabes la causa que me hizo abandonar la carrera de las armas.

RAFAEL. Sí; la muerte de la Marquesa, tu señora madre.

DARDIO. En cuanto espiró, me entregué criminalmente al divino estudio del Dante.

RAFAEL. No creo que fuese criminal tu deseo.

DARDIO. Sí, Rafael: deja que enjugue una lágrima que siempre brota de mis ojos, al recordar á mi querida é inolvidable madre.

RAFAEL. Aparta de tí eso, que tu imaginacion te finge remordimientos, y prosigue.

DARDIO. No es que me los finge, no; son reales y persis tentes, ásperos, violentos, de eterna vida. Mientras pudo hablar, me dijo airada: «No sigas el

teatro, Dárdio, hijo mio.»—Os lo juro, madre querida, le contesté... Y cuanto más juraba, y cuanto más demostraba odiarle, mucho más soñaba con él, é iba á admirar al gran Romea. Aquel genio de la escena que tanto despertó esa malhadada aficion en mis sentidos. Medallas, cruces, grandes condecoraciones eran nada para mí. Aplausos, lauros adquiridos ante ilustrados públicos: eso era á lo que aspiraba: ese era el sueño que hacia cortas las noches de mi existencia.—No sé por qué, á mi pesar, en el teatro sentia mi vida radiante, feliz cual ninguna; cuando gozoso ocupaba una butaca, viendo representar una comedia, mudo y extasiado, yo hablaba, sentia, me identificaba con la accion y el personaje; como nunca, juzgaban, declamaban á la vez mi deseo y mi pensamiento; y cuando el público aplaudia frenéticamente al gran artista que admiraba sobre la escena, la ilusion me hacia creer que aquellos aplausos no eran para el actor, eran de Dárdio. Aquella ilusion, se ha trocado en realidad; pasó, como todo pasa en esta vida; evaporóse como el humo que imperceptiblemente se confunde en la atmósfera. Queria aplausos y lauros; lauros y aplausos he obtenido... ¿Y qué? Nada, nada, Oporto. No basta haber nacido honrado, no basta mostrar al mundo ilustres escudos, nada es suficiente para alcanzar el amor... (*Como quien va á revelar lo que al principio de la escena ha hecho el firme propósito de no decir.*) Sí, sí... El amor del público, que tan ingratamente juzga á los que tenemos la sublime mision de ilustrarle y deleitarle, aunque seamos en nuestra vida privada modelos de virtud. (*Estas últimas palabras debe decirlas como buscadas instantáneamente como para encubrir ó disimular la frase amor.*)

RAFAEL. (¡Qué sentido tan extraño, y qué amargura encierra su discurso!) Comprendo, Dárdio; los hijos del templo de las artes vais precedidos de inicua fama. Este es tu pesar y esta la causa que te tiene en contínua desesperacion.

DARDIO. (*Como queriendo olvidar.*) Verdad... sí... tienes razon. He cifrado todo mi sér en la escena; por ella vivo en perenne remordimiento. Tus glorias te darán eterno honor; mis glorias revivirán una noche, un instante tan solo... luego... ellas mis mas serán los verdugos de mi propia honra.

RAFAEL. Siento haber evocado tan tristes recuerdos: al hacerte hablar, no pensé que tu relato fuese tan amargo, ántes bien creí que seria alegre tu narracion.

DARDIO. Pensaste bien. Perteneces al mundo y como el mundo nos has juzgado.

RAFAEL. Yo... no...

DARDIO. Sí. No lo niegues: es la opinion general. Desde que por desgracia nací, no he tenido ni un solo dia feliz. Cuando gozo únicamente, es en aquellas horas en que el público me aplaude con entusiasmo: al alejarme de él, me sirven de martirio esos mismos aplausos. Juzga ahora si puedo llamarme dichoso.

RAFAEL. ¿No tienen cabida los buenos sentimientos en el hombre que sigue la carrera del teatro?

DARDIO. Sí, pero no son apreciados en lo que valen; y... no hablemos más de mí. Tú debes decirme...

RAFAEL. ¿Quieres que te esplique?...

DARDIO. Ya sabes el último capítulo de mi historia; deseo oir en cambio el de la tuya.

RAFAEL. Nada más justo si te interesa saberla.

DARDIO. Te escucho.

RAFAEL. No he padecido ni llorado como tú; muy al contrario: he saboreado los placeres del mundo. Aventuras, riñas por mujeres, bailes, banquetes;

todos cuantos goces se conocen, de otros tantos he disfrutado. Esta ha sido hasta hoy mi vida. Al separarte de mi lado, la suerte me favoreció: nombráronme Comandante, luego recibí de Su Majestad el alto y distinguido título que hoy honra mi nombre, y héteme aquí Coronel, y disfrutando una vida de Rey. Durante algun tiempo, permanecí en la corte, despues me destinaron á la linda capital de Andalucía. En aquella envidiable tierra, la más seductora de nuestra fértil España; hallé buenas mozas que enamorar é infinidad de pasatiempos á cuál más agradables. A Cádiz debo, por mi dicha, recuerdos gratos de placeres deleitosos. (Veamos si mis sospechas son una realidad). A Cádiz debo la gran fortuna de haber conocido á la Condesa...

DARDIO. (¡Entre placeres!... ¡Adela! ¡Dios mio!)

RAFAEL. ¿Cómo?

DÁRDIO. ¿Decias... que á Cadiz debes el haber conocido á la Condesa?

RAFAEL. Sí... á esa beldad, á esa hermosa mujer que tanto ocupa mi pensamiento. Necio sería si tratase de elogiarte sus cualidades, que á no dudar habrán sido juzgadas por tí, puesto que te hallo en esta casa. Pero con todo, aseguraría que desde que se halla en la corte, no has tenido tan propicia ocasion como yo la tuve en Cádiz, de conocer á fondo los atractivos de esa viuda, gala y emporio de todas las lindas viuditas españolas.

DÁRDIO. ¿Vas á contarme?.. (Silencio, corazon!)

RAFAEL. Sí, sí. Porqué no? Es un caso que halaga y gozo al explicarlo. Presta atencion: te advierto que esta es la postrera de mis últimas aventuras. (Esplayemos mi idea.)

DÁRDIO. Te escucho atentamente.

RAFAEL. Te gustará. Vivia yo en una de las calles más céntricas de la ciudad, y en una de las casas in-

mediatas á la mia, moraba, con un lujo portentoso, esa Adela, Condesa de Pedral. Cierto dia en celebracion de su cumpleaños, dióse un baile, que por lo brillante, admiró á cuantos allí asistimos. En él ví á la reina de aquella fiesta; y francamente, me gustó, como siempre nos gustan las hermosas. Comprometíla á una danza; aceptó, la hablé; inútil creo decirte la direccion de mis palabras: todas llevaban la intencion de flecharla únicamente y hacerla enrojecer con ese candor que tanto nos halaga. A todas mis preguntas contestó con intencion inmerecida. Sonreia á veces, suspiraba otras, mirábame muy á menudo y sus ojos me demostraron lo que pasaba en su alma. Así acabó el primer baile, en el que tuve la dicha de estrecharla amorosamente entre mis brazos, no sin antes haberme ofrecido galantemente volver á bailar conmigo. El segundo, el tercero, otros... y otros bailé con ella durante la noche. Tú sabes las ocasiones que ofrece el baile á los enamorados; ni una de ellas dejé escapar. La dirigí mil frases ardorosas de amor y de cariño; hasta el punto que al terminar la fiesta, rehusando ella y yo insistiendo, concedióme poder visitarla. No tardé muchas horas en volverla á ver. La noche siguiente con cautela y por cierta puerta que el dia anterior me designó, me interné en su aposenlo. La ví tan hermosa como la primera vez, la hablé tambien como entónces de mi amor, y desde aquel momento no existió en ella la turbacion que el decoro social exige. Desembarazadamente dijo que me correspondia. Sentéme junto á ella; coloqué mis manos sobre sus manos, mis lábios al borde de los suyos, y...

DÁRDIO. Luego, ¿qué?... (¡Calla! maldito corazon).

RAFAEL. (No me engañé; la ama.)

DÁRDIO. ¿Luego?...

RAFAEL. Como siempre... Seguimos amándonos. Marchóse ella de España: volvió despues; escribióme desde Madrid; solicité venir aquí; hace cuatro dias que me hallo en la corte; y hoy que vengo por primera vez á visitarla, convidado á almorzar me encuentro un nuevo conquistador de sus amores; pero no importa. Eres amigo, y como á tal puedes compartir conmigo sus caricias. Sí, puesto que...

DÁRDIO. Basta ya... (*Viendo salir á Adela y disimulando.*) Sí, hombre, sí; lo comprendo: las compartiré. ¡Ja, ja, ja!

RAFAEL. (Logré mi objeto. El la olvidará.)

ESCENA XI.

DICHOS *y* ADELA.

ADELA. (Juntos los dos y conversando alegremente.)

RAFAEL. ¿Cómo está la señora Condesa?

ADELA. Bien. ¿Y el noble coronel?

RAFAEL. A vuestros piés.

ADELA. ¿Os conocíais quizás?

DÁRDIO. (*Con reprimida emocion.*) Sí, nos conocemos hace años. Fuimos compañeros de armas durante algun tiempo é íntimos amigos.

ADELA. Mucho me place que la casualidad haya reunido á dos antiguos y verdaderos amigos en el seno de mis predilectas afecciones.

RAFAEL. Favor, señora, con el cual no merecemos ser honrados.

ADELA. Eso y mucho más mereceis ambos, galante Coronel.

DÁRDIO. (¡Ella!... ¡No! no puede ser.)

RAFAEL. Será título que quereis adjudicarnos como un acto de política.

ADELA. Otros que más enaltecen poseeis los dos, señores.

DÁRDIO. ¿Cómo?

ADELA. Vos, Dárdio, la gloria, la fama de que va precedida vuestra reputacion artística; y vos, amigo Oporto, el ilustre y noble cargo que pone en relieve las hazañas y servicios prestados á la nacion. ¿Qué más títulos, qué más glorias podeis desear?

RAFAEL. Es cierto, señora; pero entre tantas, hay una que supera á todas. La de ser admitidos en vuestra morada y convidados á almorzar en vuestra compañía.

ADELA. ¿Adulador tambien?

RAFAEL. Demasiado conoceis mi carácter para que así me juzgueis.

ADELA. Interín nos avisan para el almuerzo, podemos conversar.

RAFAEL. ¿De?...

ADELA. De algo que nos sea grato.

RAFAEL. Ese algo, si es que no os incomoda, podria ser narrar algun suceso acaecido durante vuestros largos viajes al extranjero.

ADELA. Precisamente no deseais que hable; lo comprendo.

RAFAEL. Al contrario, yo...

ADELA. Digo eso, porque... ¿Qué será lo que pueda contar que los hombres de mundo no hayais presenciado?... ¡Militares y actores!... Pero me choca vuestra curiosidad, señor de Oporto... ¿Será quizás vuestra propuesta hecha con intencion? ¿querréis averiguar algo que la casualidad os haya indicado?

RAFAEL. Dispensad; mi osadía no es tanta, señora Condesa.

ADELA. Curiosidades discretas, lo comprendo.

RAFAEL. Señora...

ADELA. Sí; no os disculpeis, esa es falta en la cual incurren todos los hombres de alguna imaginacion. (*Intencionadamente.*) ¡Curiosos siempre! ¿No es cierto que doy en el resorte, amigo Dárdio?

DÁRDIO. ¿Decíais?...

ADELA. ¡Ja, ja, ja!

RAFAEL. (¡Qué turbacion!)

ADELA. Muy posible es que nuestro querido actor estuviese en este instante repasando en su mente el papel de la obra que hoy ha de representar.

DÁRDIO. No, señora Condesa; nada de eso Estaba recordando...

ADELA. ¡Recuerdos!.. ¡Recuerdos... Sí, vamos... comprendo. Alguna actriz que os tendrá el corazon aprisionado.

DÁRDIO. Puede (*Con risa fingida.*)

ADELA. (*A Rafael.*) Ah!... me olvidaba convidaros para esta noche.

RAFAEL. ¿A qué?

ADELA. A que vengais al teatro á admirar á nuestro amigo. !Oh!.. Los periódicos elogian mucho al señor de Dárdio en la comedia de hoy. Dicen que representa el *Sullivan* admirablemente. ¿No es verdad?

DÁRDIO. Así dicen... (*Maquinalmente y con reprimida tristeza.*)

ADELA. ¿Admitís mi ofrecimiento, no es cierto?

RAFAEL. Con mucho gusto.

ESCENA XII.

Dichos y LEOPOLDO.

LEOPOL. (*Desde el fondo.*) Las once! (*Bajando al proscenio y saludando.*) Bésoos la mano, señor Coronel; se os saluda, D. Julio. Ya estoy de vuelta, Adela.

ADELA. Sin duda alguna, conoceis ya á mi querido primo.

RAFAEL. ¡Su primo! (*Con sorpresa.*)

ADELA. Sí, mi primo. ¿De qué os admirais?

DÁRDIO. (Se sorprende.)

LEOPOL. (¡Ah!.. Ya.) Sí, sí señor. No os quepa la menor duda. (*Marcadamente.*) Soy primo hermano de la Condesa de Pedral.

RAFAEL. ¡Ah!
DÁRDIO. ¡Oh! } (*A la vez.*)

LEOPOL. (*Ap. á Adela.*) Un poco más y tropezamos. (*Aparece un criado.*)

CRIADO. Cuando gusten puede servirse el almuerzo. (*Váse.*)

ADELA. Señores, ya lo oís. Podemos pasar al comedor.

LEOPOL. Vamos pues.

RAFAEL. Señora... (*Ofreciéndole el brazo.*)

ADELA. Permitidme un momento. Pronto iré á tomar posesion de mi cubierto.

RAFAEL. Como ordeneis.

DÁRDIO. Os esperamos.

LEOPOL. Ven pronto.

RAFAEL. (Yo he de averiguar.) (*Salen los tres.*)

ESCENA XIII.

ADELA, *á poco* ANTONIO, *despues* LEOPOLDO.

ADELA. ¡Dios, Dios mio! ¡Cuánto sufro!

ANTONIO Hablad. ¿Murieron ya vuestros sentimientos, ó es fingido lo que haceis?

ADELA. ¡Antonio!

ANTONIO Confesaos con este viejo que os vió nacer. Decid: ocultadme la mentira y mostradme la verdad.

ADELA. Yo... (*Emocionada.*)

ANTONIO Sí... decid... decídmela toda.

ADELA. Yo... no...

LEOPOL. *(Apareciendo de repente.)* Te estamos aguardando, Adela.

ADELA. Si, voy allá. *(Aparte á Antonio.)* Luego, luego os lo diré todo, porque necesito dar espansion á mi alma.) Vamos, Leopoldo. *(Yéndose, fija la mirada al mayordomo en señal de reserva.)*

ESCENA XIV.

ANTONIO.

(Viéndoles salir.) No me engañé. Rie y sufre; el dolor se anida en su pecho y quiere disfrazarlo con la careta del placer; pero en el mar de las penas, ellas huyen del fondo para asomarse á la superficie! ¡Pobre Condesa!—En fin, veremos si este triste anciano encuentra para ella alivio y consuelo.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La decoracion del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

ADELA *y* LEOPOLDO.

LEOPOL. ¿Quieres que avisemos al médico?

ADELA. No. Confío que no será más que una ligera indisposicion. Creo que me dió un aire al salir del teatro.

LEOPOL. Estabas muy sofocada.

ADELA. Cierto. Habia allí tanta gente...

LEOPOL. Se comprende. El *Sullivan*; obra en la que tanto se distingue tu amigo y representada por primera vez en esta temporada. No podia ménos de estar el coliseo lleno de bote en bote. ¡Qué admi rablemente representó su papel! ¿No es cierto?

ADELA. Sí. (*Con reprimida emocion.*)

LEOPOL. Parecia realidad lo que simplemente era una comedia. Ya se ve; no hay persona que conozca á fondo á Dárdio, que no se haga lenguas enalteciendo sus bellísimos sentimientos, y esa es la principal causa que le hace acreedor á las simpatías que constantemente le demuestra el público. A propósito, ¿sabes que cuando terminó el primer acto bajé á la platea á saludar, aquellos amigos?

ADELA. Cierto.

LEOPOL. Pues ni remotamente puedes pensar la conversacion que oí á unas jóvenes que ocupaban dos butacas de la fila once.

ADELA. ¿Qué decían?

LEOPOL. «—¿No reparaste con qué constancia el actor Sullivan, dirigía la vista hácia el palco de la condesa de Pedral?—Sí, le contestaba la otra, que al parecer era su hermana. Alguna amistad profunda mediará entre ambos.»—A estas palabras siguieron otras que no pude oir; sonó la campana que indicaba que iba á empezar el segundo acto y las dejé riendo á carcajada suelta.

ADELA. Sí; esas son las que ven la paja en el ojo ajeno, y no...

LEOPOL. Eso pensé yo. ¿Quién os conociera á fondo y pudiera juzgar vuestros actos *amplias mea*?

ADELA. Es cierto.

LEOPOL. Dime; ¿te hallas mejor?

ADELA. Sí. Va despejándose la cabeza, y parece que estoy más aliviada.

LEOPOL. Pues siendo así...

ADELA. Puedes irte. En cuanto descanse un poco estaré del todo bien. No se te olvide mi encargo.

LEOPOL. ¡Pero, mujer! Tu estado no te permite ir esta noche al teatro.

ADELA. Sí, es necesario que vaya. ¡Es un capricho! Busca un palco cualquiera, cueste lo que cueste.

LEOPOL. Si te empeñas cumpliré tu deseo. *(Yéndose por el foro.)* (Lo que más siento es servirle de primo esta noche otra vez.)

ESCENA II.

ADELA.

(*Despues de una breve pausa.*) ¡Ah!... Respiro. Alienta, corazon! Llorad, ojos, ahora que no hay

otros que os miren. ¡Lágrimas, brotad del fondo de mi corazon, ya que no es posible sujetaros por más tiempo (*Llora.*) Si me vieran así. Llorar una coqueta! Demostrar que Adela tiene cora zon, que sus sentimientos aun reviven. Dárdio! Qué dulce es tu nombre! qué de placer siento al pronunciarlo! Al escaparse de entre mis labios la armonía que forma en mis oidos, hace latir mi pecho con el fuego ardiente del amor... Qué digo!... ¿Amor? Jesús!... Sí: yo le amo, no hay duda; si no fuese así, no se agitaria mi alma al pro nunciar su nombre. Le amo, pero no he de decírselo nunca. Has de consumirte en mi seno corazon, ántes que él llegue á conocer los secre tos de tu vida. (*Pausa.*) El castigo es superior á mis fuerzas... No puedo... Siento en mi pecho un peso enorme, atroz, y poco á poco le siento gravitar con más fuerza; me oprime... me ahoga. (*Al corazon.*) Un dia te aplastará y entónces... sufrirás como él cuando soñó. (*Pausa.*) Recuerdos... siempre recuerdos.

ESCENA III.

ADELA *y* ANTONIO, *que aparece por el fondo entornando tras sí la puerta.*

ANTONIO (¡Sola! Ella hablará; me lo ofreció.) Señora Condesa...

ADELA. ¡Ah! *(Como despertando del letargo en que se hallaba sumida).*

ANTONIO Vengo á ponerme á vuestras órdenes... y á otra cosa... Recordais.

ADELA. Sí; demasiado: recuerdo que ofrecí contaros...

ANTONIO La causa de ese misterio, para mí tan difícil de descifrar.

ADELA. Pues bien... os le contaré; pero...

ANTONIO Vuestra revelacion morirá conmigo. Podeis hablar.

ADELA. El secreto que voy á comunicaros y que he tenido encerrado hasta hoy en el fondo de mi corazon, ha destrozado mi cuerpo; ha lacerado mi vida. ¡Ah! ¡vos no sabeis cuánto sufro!... Bien hicisteis en querer que os mostrase por qué encubro lo que ántes me ennoblecia, con la vil máscara del libertinaje.

ANTONIO No...

ADELA. Sí, sí, Libertina soy. ¿Á qué negarlo? Libertina ante el mundo entero, pero no ante Dios. Oid, oidme bien, y no me interrumpais. La desgracia da inspiracion al cerebro y en este instante le siento despejado, y clara mi memoria. *(Pausa)* Demasiado sabeis que mi familia siempre nadó en un mar de riquezas. Al nacer me engalanaron con ropas bordadas de oro, todo lucía al rededor mio: ¡pero desdichada, inocente de mí! Mi estrella jamás debió lucir. Crecí; á cierto tiempo amé, como... las que de corazon saben amar. Un hijo de las artes, un pintor, que ostentaba un título nobiliario, me fascinó con su aliento; más tarde, con su propio pincel pintó mi alma de color de sangre, y despues con el de azabache mi conciencia.

ANTONIO ¡Oh!... señora...

ADELA. Oidme, y pedid á Dios me dé serenidad bastante para revelar mi secreto. *(Breve Pausa).* Vos fuisteis testigo de los miramientos que debí al conde-mi esposo. Vos sabeis, que desde que le conocí, le entregué mi alma así como él me ofrecia constantemente su vida toda. Yo... como el amor es ciego, le creia... ¿Cómo no creerle, si con tan bellos colores hacia que mi imaginacion se forjara una eterna felicidad? Contrariando la voluntad de mis padres, de mi familia entera, yo amaba

apasionadamente á Abelardo; ellos me presagiaban mil desgracias á su lado; yo tan sólo entreveía un manantial de dichas. Al estar junto á él, me olvidaba de que existiese otra vida. Olvidaba que despues del goce viene el martirio; que tras la noche llega el dia, que tras los años, se presentan los desengaños... y despues de la vida, la inevitable muerte. Nada era bastante á hacerme variar de idea: mi pensamiento se parecia á la péndola de un reloj que mientras tiene cuerda se mueve constante. ¡Triste de mí! nunca me figuré que llegaria un dia en que se parara. Al oir pronunciar de su boca una palabra de amor, me estremecia de placer; me embriagaba su vista, y fuera de él no existia el mundo para mí... *(Pausa).* ¡Ah!... no, no quiero recordarlo. Me acrimino á mí misma cuando hago retroceder mi pensamiento á aquellos dias que fueron de felicidad y ventura. Creía tanto en sus promesas, tanto era lo que sus frases me halagaban, que me extasiaba de placer al oirle decir: «Ves ese cuadro que tanto te agrada? Pues el amor, la intensa pasion que por tí siento, es tan solo quien me lo inspira. Sólo él puede hacerme dar al lienzo ese espresivo color que es el reflejo puro de tu alma.» ¿Cómo no decirle entonces: ¡Te amo! ¡Te adoro! ¡Ah!... *(Con profundo dolor).*

ANTONIO Señora Condesa... No debeis...

ADELA. No temais, es un suspiro del alma herida, que recuerda el pasado. Necesito darla espansion; ne cesito respirar; hace mucho tiempo que me axfixía el dolor, que se me tritura el corazon, y que ni tan sólo aspirar le es dado. Nupcias de luto fueron las mias: aquellos de quienes recibí el sér no asistieron á mi enlace, pero... ¡Qué me importaba ser maldita y aborrecida de todos si era adorada por aquél en quien concentraba toda mi existencia?

ANTONIO Os inmutais, y siento que por mí...

ADELA. Por vos decís... ¡Ah! Bien se comprende que no sabeis el enorme peso que quito de mi pecho al considerar que no ha de morir conmigo el secreto que conduce mi vida á pasos lentos hácia la tumba. *(Pausa).* «Tuyo es todo mi corazon,» le dije un dia á Abelardo, poniendo mis manos sobre el suyo que palpitaba de amor.—Otro dia volvíselo á decir, y como la primera vez, mi pulso y sus latidos se confundieron. Otra vez volví á decírselo, y ya encontré frialdad. Despues indiferencia, más tarde, hastío, y al poco tiempo repulsion; dosoyó mis ruegos; despreció mis lágrimas... Traté de atraerlo... ¡En vano todo! En el cielo de mis sueños no miraba como ántes relucir las estrellas. Sólo espesas nubes las encubrian todas. Una sola, pero negra... funesta, marcábame incesantemente el nuevo camino que debia emprender. El camino de la veng... *(Reprimiéndose).* No... no: primero os lo he de decir todo; despues juzgareis. Abelardo desde aquel dia se volvió libertino, calavera, jugador: esos fueron los únicos títulos que pudo mostrar ante la sociedad el que por mi desdicha fué mi esposo. Me ví insultada, escarnecida, humillada; no se contentó con pasear sus queridas á la faz del mundo: fué necesario que me humillara ante ellas, y llegó á traerlas á mi misma casa. Necesité alejarme de aquel padron de infamia y sufrimiento, y para ello resolví marchar á una quinta á orillas del Ebro que acababa entónces de heredar. Con vos solo partí. Debeis recordarlo. Necesitaba soledad, vivir sin verle, no contemplar junto á él otra mujer que con risa de satisfaccion y sarcasmo heria mi dignidad y mi honor. Ausente, lejos del que mató la ilusion de mi vida y vertiendo amargas lágrimas al recordar aquellos

tiempos de risueña dicha, moraba en mi quinta, infeliz pero tranquila. *(Pausa)*.

ANTONIO (Presagiaba siempre una funesta causa). Reposad...

ADELA. No... no es el cansancio el que me agita... es que al iros á contar... no sé... le veo coger la copa... le miro llena de terror, y... como mi sangre se cuajó entónces, tambien se cuaja al recordarlo ahora.

ANTONIO *(Como quien vislumbra vagamente la causa del hecho)*. ¡Aquella noche!... Un grito... la copa... más tarde... *(Al ir á decir algo más se detiene y mira aterrorizado si alguien los observa. Luego hace ademan á la Condcsa para que prosiga su narracion.)*

Contad... Decidlo todo. Acabad de una vez. Tiemblo de adivinar...

ADELA. Y yo al recordar aquel funesto instante.

ANTONIO Proseguid. Alguien puede interrumpirnos, y...

ADELA. Es cierto.—Una tarde un carruaje paró á la puerta de mi quinta; al poco rato, un hombre estaba junto á mí; dudé si era él; lo dudé, sí: pues al oir lo que me exigía, más bien podia creérsele un ladron; pedíame con insistencia, y entre amenazas todo el oro que existia en mi poder. «Dame oro», me gritaba.—Me negué á entregárselo, diciéndole que no queria que sirviese para sus queridas y sus vicios. Entónces.. ¡oh! ¡qué afrenta! puso sus manos en mí, quiso ahogarme. Me arrastró violentamente del cabello; un pensamiento acudió á mi cerebro y rápidamente le dije: «Basta cedo. Pronto te daré cuanto tengo, mi esposo y señor ¿Cuándo marchas?—Mañana al rayar la aurora.—Bien; esta misma noche quedarás en posesion de todo cuanto me pertenece.—Arrastrada por una fuerza secreta que únicamente Diospodia darme, invitéle á cenar. Todas mis palabras iban

precedidas de una sonrisa que á mí misma me espantaba. Aceptó el convite. Mis ojos se fijaban con ira en las señales de los golpes que de sus manos habia recibido y que me gritaban ¡venganza! No recuerdo si fué Satan ó yo misma quien envenenó la copa en que él debia beber. Bebió repetidas veces, tuve suficiente valor para verlo impasible, y cuando de mí se alejaba, se oyó un grito de terror... grito que resonó en mi conciencia, al mismo tiempo que en los salones de mi quinta, y que desde aquel dia y sin cesar resuena en mis oidos.

ANTONIO Despues del grito hicisteis la copa mil pedazos y una fuerte calentura os sumió en el lecho.

ADELA. Más tarde enluté todas mis galas. El Conde habia fallecido de una congestion cerebral, segun la opinion facultativa; pero sólo yo podia asegurar la causa de su muerte. *(Pausa.)* Este es el secreto que necesitaba confiaros. ¿Comprendeis ahora lo mucho que he sufrido y lo que me resta aun que padecer?

ANTONIO Demasiado, señora.

ADELA. ¿Me es dado creer jamás á ningun hombre ¿Puedo volver á amar?... ¡Ah! no, no! Es preciso que vean en mí siempre á la mujer coqueta, aunque me muera de consuncion. Es preciso vivir siempre entre el fango del mundo, aunque mi nombre sirva de befa y de escarnio.

ANTONIO ¡Ah! vos no podreis...

ADELA. ¡Oh! sí! ¿Creeis que la sociedad de ahora es la de vuestra juventud? ¡No! Entónces se distinguia el vicio de la virtud, el honor de la deshonra y jamás se juzgaba sin pruebas La presente sociedad juzga únicamente por las apariencias.—Unos al ver á una mujer, dicen: *¡es honrada!* y la mayoría contesta sonriendo: *¡quién sabe!*—Otros, viendo á la que tuvo la desgracia de perder á su esposo,

murmuran: *Es viuda, y... la mujer libre siempre desea serlo más.* ¡Ah! no, no!... Para ser como somos todas y por distintas causas víctimas de la envidia, de la repugnante é infame murmuracion, prefiero el fingimiento, prefiero vengarme de quien me afrenta sin razon, prefiero recordar, para odiar y no volver á ser, como ya lo fuí una vez, esclava de mi propio honor, y víctima de la más infame de las vilezas de un hombre. Esto prefiero, y esto haré. *(Váse.)*

ESCENA IV.

ANTONIO.

(Despues de una pausa.) ¡Pobre Condesa! ¡Bien, presentía yo lo que sucede y lo que pasó en aquella noche fatal!.. ¡El crímen!... ¡Qué horror!.. Ella... Pero... hasta cierto punto su accion tiene disculpa. *(Con tono natural.)* Le amaba con pasion y él olvidando lo que la debia, la insultó, la atropelló, quiso su muerte despues de robarla hasta su oro... Hizo bien; sí: por la pérdida de aquellos besos que tantas lágrimas le costaron, debia... Sí, sí... debió darle lo que le dió, la muerte, ántes que humillar su dignidad. *(Pausa. Se enjuga los ojos.)* ¿Quién me hubiera dicho cuando la contemplaba con gozo en sus primeros años, que habia de ser tan desgraciada? ¿Que el mundo se ensañaria tanto con ella? La he visto nacer, he velado constantemente su sueño, y... me duele en el alma que la gente la critique aunque ella misma dé pié para ello. He de hacer todo lo posible para que cambie el sistema de vida que lleva, y que marchemos á cualquier país extranjero en donde podamos hallar tranquilidad y reposo... nos iremos lejos, muy lejos, donde no llegue á

nosotros ni el recuerdo de esas gentes de la corte que con sus viperinas y aceradas lenguas destrozan las honras, y que cubriendo su rostro con la máscara de la hipocresía, hieren la dignidad de las personas honradas.

ESCENA V.

Antonio *y un* Criado, *luego* D. Rafael.

Criado. *(Saliendo por el foro.)* ¿Si el señor mayordomo me permite?...

Antonio Adelante. ¿Qué se te ofrece?

Criado. En la antesala espera un amigo de la señora Condesa, D. Rafael de Oporto.

Antonio (¡El Coronel!) ¿Ha dicho?...

Criado. Que desea hablar á la señora.

Antonio Está bien. Condúcele aquí, miéntras voy á avisarla. *(Vánse ambos por sus puertas respectivas, y aparece por el foro D. Rafael, acompañado del criado, el que despues de saludarle respetuosamente se retira.)*

Rafael. Resuelto á hablarla, pasé los umbrales de mi casa; indeciso me encaminé á la de la Condesa, y con recelo y temor me hallo casi en su presencia.—Quisiera decirla lo que con la mejor intencion salió de mi boca, y no sé con qué palabras empezar. Quizá Dárdio ofuscado y caviloso por... No... recuerdo que le produjo sensacion mi injurioso y vil ardid, y... debo callarlo. Se lo afirmaré á él si insiste y se lo ocultaré á ella si lo presume; esto es lo que debo hacer. Adela se acerca. Valor y serenidad.

ESCENA VI.

D. RAFAEL, ADELA.

RAFAEL. Señora...

ADELA. ¿Vos aquí?

RAFAEL. Un deber de profunda y leal amistad me obliga á molestaros con mi presencia.

ADELA. No es molestia; honor más bien.

RAFAEL. Gracias mil señora.

ADELA. ¿Es muy largo lo que teneis que decirme?

RAFAEL. Algo. ¿Estábais ocupada?...

ADELA. En nada; y aunque así fuera no sentiria abandonarlo todo por el gusto de escucharos.

RAFAEL. Sois muy amable, señora.

ADELA. Decid: ¿es de algun asunto sério del que vais á tratar?

RAFAEL. ¿Por?...

ADELA. Porque á la verdad, noto en vuestro senblante y gesto, cierto... no sé qué, que en verdad me admira. *(Con risa intencionada.)*

RAFAEL. Y justamente es así, por ser de una causa bastante grave de la que vengo á hablaros.

ADELA. ¡Ja, ja, ja! ¡Dispensadme que me ria! ¿Gravedad en vos? En fin, vamos á ver qué es ello. Tomad asiento. Podeis empezar vuestra declaracion...

RAFAEL. Declaracion no, señora Condesa.

ADELA. Entended lo que os quiero decir. No afirmo que sea una declaracion de amor la que...

RAFAEL. Precisamente de amor se trata.

ADELA. ¡Cómo!

RAFAEL. Sí. ¿Ofreceis atenderme?

ADELA. Impaciente os escucho.

RAFAEL. Dárdio es mi amigo...

ADELA. (¡Dárdio!...)

RAFAEL. Por él daria gustoso la mitad de mi vida, puesto que más de una vez, para salvarla entera, ha expuesto la suya.

ADELA. Comprendo. Amistades de la infancia.

RAFAEL. Eso es. Una amistad inmensa nos ha unido con lazos fraternales. Cuando éramos niños, fuimos tiernos compañeros; algunos años despues, aquel compañerismo de la niñez se trocó en verdadera amistad. Y hoy que somos hombres y que la sociedad á cada cual nos juzga á su manera, debemos como quien somos protegernos mútuamente. ¿No es así?

ADELA. Lo creo muy natural.

RAFAEL. Pues bien. Desgraciadamente he sabido que Dárdio os ama y que su acendrado amor os sirve de juguete para entreteneros.

ADELA. Es cierto. Un sin fin de veces le he oido pronunciar palabras cariñosas. Pero, bien ¿y qué?

RAFAEL. Que como soy su amigo, me hace daño que le atormenteis con frases propias sólo de las mujeres coquetas...

ADELA. De...

RAFAEL. Sí; ya lo he dicho.

ADELA. Señor mio, moderad vuestro lenguaje, ó me veré precisada á hacer que os retireis de mi presencia.

RAFAEL. Verdad; teneis razon. Dispensadme, y oid con calma todo cuanto os diga.

ADELA. Mientras V. S. no se propase, puede hablar como guste.

RAFAEL. Dárdio me ha declarado su amor hácia vos: me ha dicho que experimenta una pasion jamás sentida, y que por lograr vuestro cariño es capaz de...

ADELA. Venir, postrarse á mis piés, y con cuatro palabras dulces como las que á menudo dice en el teatro, demostrarme un amor que como el humo

ó el polvo se disipa con un pequeño soplo... ¡Ah! decidle á vuestro amigo que mi experiencia es mucha, que yo no soy una actriz que con una mirada se extasía, y que las palabras de amor me hacen poca mella. Decídselo así, y cumplireis dignamente al hacerlo.

RAFAEL. En conclusion. Vos...

ADELA. Yo aspiro á más. No he de ser la esposa de un simple cómico, aunque éste vaya precedido de justa fama.

RAFAEL. Basta, señora. Me ofendeis al hablar de esa manera; porque si de posiciones se trata, puedo afirmaros que es mucho más honrosa la de mi amigo Dárdio, que la que hasta ahora ha disfrutado en el mundo la mujer que osa injuriarle.

ADELA. ¡Don Rafael!...

RAFAEL. A vuestros piés, señora. *(Saluda y váse.)*

ESCENA VII.

ADELA.

¡Y he de callar!... Y he de beber toda la hiel que rebosa de mi pecho por no decir que anhelo su amor! ¡Dios mio! ¡Dios mio!... ¿Será quizás mi castigo el amar á Julio Dárdio?... ¿Qué es la vida? ¿Qué es la muerte? No somos nada. ¿Por qué sufrir tan atrozmente para alcanzar un dudoso cielo y una cierta tumba?... ¿Por qué no vivir gozando, si con honra ó sin ella hemos de perecer como perecen todos? *(Pausa.)* ¡Ah!... no... no es posible que yo pueda vivir cuando á mí misma me hiero. Al crear conocimientos, creí que podria amar tan sólo una vez, y otra aun me veo presa entre las redes del amor. Y tanto es lo que pienso y tales son las ideas que luchan en mi cerebro, que la de considerar tan sólo que juré amor eter-

no al que fué mi esposo, me vuelve loca y no hallo consuelo para mi triste vida. *(Quédase meditando.)*

ESCENA VIII.

ADELA *y* LEOPOLDO.

LEOPOL. ¡Parece mentira! A fuerza de empujar mucho, de sufrir infinidad de pisotones, de echármela de valiente ante los cobardes y de cobarde ante los valientes, he podido llegar al despacho de billetes, y despues de tanto jaleo, oir decir al expendedor con el tono de un ministro de Estado despidiendo al aspirante: «No, señor; no tengo ningun palco para esta noche.» Cuando me he visto libre de aquella caterva de admiradores del arte, magullados mis huesos y arrugado por completo mi vestido, hé aquí que por lograr lo que tú deseas, despues de recibir tantos disgustos, he tenido que suplicar á un sugeto que me cediera el palco, pagando el triple de su valor real.

ADELA. ¿Y al fin?...

LEOPOL. El buen señor aceptó, porque parece que su aficion es mayor á lo positivo, que á lo ideal de la comedia.

ADELA. ¿Qué número?...

LEOPOL. La casualidad te ha favorecido, Adela. El dos.

ADELA. ¿Al que estoy abonada los jueves?

LEOPOL. Justo. Yo creyendo que á poder tú escoger, hubieras elegido éste, no he dudado en pagar al instante por él seiscientos reales.

ADELA. Bien hiciste. No me pesa.

LEOPOL. (La comision queda á cargo del comprador.) Toma pues, y guárdalo. no fuera caso que yo lo perdiera.

ADELA. ¿Te vas ya?

LEOPOL. Sí: ¿qué he de hacer?

ADELA. Oye, Leopoldo. He desistido de llevar á cabo el viaje á los Estados-Unidos.

LEOPOL. ¡Cómo! No quieres admirar las cataratas del Niágara , ni aquellos enormes puentes, ni...

ADELA. Nada, me hallo bien en la corte.

LEOPOL. Me sorprende tu determinacion.

ADELA. Así pues, como conozco tus deseos de ir á Nueva-York, puedes...

LEOPOL. Sentiré mucho dejarte, pero bien sabes que allí existe la última herencia que he de cobrar, y allí tambien me espera Mis Chitifiris: no puedo de ninguna manera renunciar á esa escursion que ha de hacerme dueño de una respetable suma y poseedor de la mano de mi inglesa apasionada.

ADELA. Sigue tu rumbo, Leopoldo, tratando de conservar lo que heredes, y recuerda que aunque yendo conmigo, has representado á veces un papel algo ridículo, has podido sostener en cambio tu vida en la opulencia.

LEOPOL. Es verdad; jamás olvidaré que á no ser por tí no hubiera podido comer quizás, á causa de mi mala cabeza y á la desgracia de perder mis padres en la niñez. Derroché todas mis riquezas y gracias á tí, mi amiguita de la infancia, he podido conservar el ilustre porte de mis antepasados. Los favores que de tí he recibido, me obligan á corresponder con cuantos sacrificios estén en mi mano...

ADELA. Calla, álguien llega.

CRIADO. (*Saliendo.*) El señor D. Julio Dárdio.

LEOPOL. (¡Dárdio aquí! Siempre ese hombre.)

ADELA. (¡El!) Que pase.

ESCENA IX.

DICHOS *y* DÁRDIO.

DÁRDIO. ¿Dais vuestro permiso?

ADELA. Adelante.

LEOPOL. Hasta luego.

DÁRDIO. *(A Leopoldo.)* ¿Os retirais?

LEOPOL. Permitidme... Tengo que despachar un negocio urgente. . (El palco y desistir del viaje...) Adios señores. *(Saluda y vase).*

DÁRDIO. Anoche, acabada la funcion, entraron á saludarme varias personas notables, y no me fué posible iros á ver como acostumbro á vuestro palco.

ADELA. ¿Y por ese motivo os habeis tomado la molestia de venir hoy aquí?

DÁRDIO. Mejor direis la libertad de llegar á veros, creyendo que esta noche faltareis al teatro, por no estar á vuestra disposicion el palco que ocupais las noches de moda.

ADELA. Precisamente he mandado por él no há mucho.

DÁRDIO. ¿Y lo habeis obtenido?

ADELA. Vedle aquí.

DÁRDIO. ¿Tratáis?...

ADELA. De admiraros nuevamente, viéndoos representar *El hombre del mundo.*

DÁRDIO. ¿Quereis hacerme un favor, si os lo suplico de hinojos?

ADELA. Decid, y veremos si se puede complacer á tan buen amigo.

DÁRDIO. Qué no vayais á oirme.

ADELA. Y ¿por qué?

DÁRDIO. ¿Por qué?... *(Pausa.)* Si me miraseis con los ojos del alma, veriais con cuánta razon os lo pido: cuán fuerte es el enemigo con quien tengo

que luchar; quizás entónces compadecida, no me heriráis con vuestra presencia. Pero como teneis el corazon de acero y el alma dura como la encina ó roble, no comprendeis la fuerza de mi raciocinio, y atrincherada en un ¿por qué? herís á mansalva al corazon que por vos muere.

ADELA. Es inútil, Dárdio, que insistais, porque no puedo creeros. ¿Acaso el hombre que representa comedias puede amar jamás á mujer alguna? Puede el que por gusto enamora una mujer, enamorarla verdaderamente?

DÁRDIO. (*Con energía.*) Todo lo puede, ya que á Dios le plugo encerrar en la condicion humana, la multiplicidad de las pasiones. Cuando represento una comedia es necesario que el apuntador me indique lo que he de decir, mas, cuando os hablo de amor y digo que os adoro, el que indica entónces es sólo el corazon. ¿Qué habeis pues de creer, mujer ingrata, la ficcion ó la realidad? lo que la boca dice mintiendo, ó lo que indica el alma por todos sus sentidos? (*Breve pausa.*) ¡Ah!.., ya no reís... me amais; ¿no es cierto, Adela?

ADELA. Oidme, Dárdio. Yo no... os amo; pero voy sintiendo hácia vos una amistad profunda, que algun dia pudiera desvanecerse y trocarse en mil sombras extrañas que me acriminaran. Al veros representar una comedia; al oir que el público elogia al artista, y á la opinion general que dice: «Dárdio es un génio que trasmite á la escena el espejo de la vida,» entónces me pregunto á mí misma: ¿Dónde existe la verdad en este hombre? ¿tiene dos corazones en su pecho, ó uno solo que puede mudar de afectos de la misma manera que cambia de trajes en las diferentes obras que representa?

DÁRDIO. ¡Ah!...

ADELA. No... no me comprendeis; lo sé. (*Cambiando de*

tono.) Si os digo que he creido una comedia todo lo que habeis tratado de demostrarme, me entendereis mejor ¿no es cierto? Ja, ja, ja!... Iba á imitaros. y... ja, ja, ja!. Soy muy mala cómica, ya lo veis.

DARDIO. ¡Adela!

ADELA. El público me silbaria: no sirvo para sostener la gravedad mucho rato. (¡Dios mio, dadme fuerzas, que bien las necesito!)

DARDIO. ¿Inútil todo?... Pues bien; terminemos. Adios, Adela; no os volveré á ver, pero nunca olvideis que Dárdio os ama, y que si algun dia la desgracia llama á vuestra puerta, Julio os queda para ampararos.

ADELA. (¡No puedo más!)

DARDIO. Y para encubrir con su honra la enorme mancha que tiñe la vuestra.

ADELA. ¡Qué!...

DARDIO. No... nada. Juegos que sin querer roban la calma... caprichos propios de arrogantes damas...

ADELA. ¿Qué decís?... ¿Quién osó?... ¿Quién dijo?...

ESCENA X.

DICHOS, *un* CRIADO *y á poco* D. RAFAEL.

CRIADO. El Coronel don Rafael de Oporto.

DARDIO. Ese... la adversidad os lo envia...

ADELA. A mí... ¡Ah! ¡Jesús!

DARDIO. ¡Adela!... ¿Qué... Vos... vos llorais... ó yo deliro.?

ADELA. *(Al criado.)* Decidle que entre.

DARDIO. *(Al criado.)* No; cerradle el paso. *(El criado se detiene.)*
Dios confio, y á vos os creo. Que no entre.

ADELA. *(Al criado.)* Que pase.

DARDIO. ¡No!

RAFAEL. (*Saliendo.*) Aquí estoy.

ADELA. ¡Vos!

DARDIO. ¿Tú?... (*A la vez.*)

RAFAEL. Beso vuestros piés, señora. (*El criado se retira.*)

ADELA. ¡Infame!...

RAFAEL. Lo soy, Adela, y os pido perdon. Tú, Dardio, olvida cuanto te dije.

DARDIO. Pero...

RAFAEL Todo fué mentira. A saber que tú amabas con pura fé á la Condesa, líbreme el cielo de haberla injuriado.

ADELA. Y...

RAFAEL. Yo traté de impedir que tu amor creciera, porque comprendí que él te hacia desgraciado.

ADELA. ¡Coronel!...

RAFAEL. Y no lo estrañareis, al saber que vuestro nombre es objeto de impertinentes hablillas, propaladas por vuestros aristócratas amigos.

ADELA. Sí... Pero mi honra... mi honra.

DARDIO. Yo la amparo, Adela.

ADELA. No... Dejadme. Yo sola me basto para ampararla, áun cuando todos me acriminen sin razon ni motivo alguno. ¡Ese es el mundo!... Lenguas de víbora y corazones de cieno! Señores, os suplico que me dejeis sola; necesito descansar breves instantes.

RAFAEL. ¿Os habeis?...

ADELA. No es nada. Debo acostumbrarme á todo.

RAFAEL. Señora...

ADELA. Dejadme por favor... (*Dárdio y Rafael suben al fondo despues de saludar respetuosamente, Adela siéntase junto al velador ocultando el rostro entre sus manos y sollozando fuertemente.*)

RAFAEL. (*A Dardio desde el foro*). Llora...

DÁRDIO. No me lo digas... no quiero verlo... Lucho...

lucho atrozmente y temo que mi alma estalle... Vámonos... la noche se acerca, el público me espera. ¡Necesito tiempo para olvidar que la he visto así!... (*Dárdio permanece hasta el final del acto con la vista fija en la Condesa. Rafael le contempla admirado. Adela, despues de una breve pausa se levanta y dirigiendo su vista al cielo dice con un arranque:*)

ADELA. ¡Si sois justo, Omnipotente Dios, dadme la muerte, ó quitadme la razon, que no la quiero!

(*Telon rápido.*)

CUADRO.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Cuarto vestuario de Dárdio en el Teatro.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon aparece DÁRDIO, *desencajado y frenético seguido de* D. RAFAEL.

RAFAEL. Dárdio...

DARDIO. No me hables. Sé cuanto vas á decir. El público está en su derecho. Ha hecho hoy merecida justicia al que no ha cumplido con su deber de artista; al que ha olvidado su obligacion sobre la escena.

RAFAEL. Oye, y sosiégate...

DARDIO. No... no... Nada me digas. Jugar con un público, es jugar con fuego. Tú ignoras lo que es eso, Rafael; tú no puedes comprender qué marca acaban de poner en mi rostro. Yo, que con el mayor afan cifré mi vida entera en la escena... ¡Maldita sea! acabo de perder por tí, mujer...

RAFAEL. ¡Calla! Cierra esa boca, Dárdio, y recuerda que eres hombre.

DARDIO. ¡Que recuerde!... no. Déjame, déjame que grite. Fuera la máscara que encubria mi alma. ¡No me enfrenes más, pundonor mil veces maldito! Oye: (*Coge del brazo á D. Rafael, y ambos bajan al prosenio.*) En el palco de siempre la he visto;

me miraba como nunca, y... no sé... Dadme palabras, Dios mio... Dime... ¿cuando lloras.,.. ante las luces... No... no puedo... no sé esplicarte.....

RAFAEL. Sosiégate.

DARDIO. Mírame bien. ¿Lloro ahora?

RAFAEL. No comprendo.

DARDIO. ¿Lloro? dí.

RAFAEL. No veo...

DARDIO. Bueno... Dí pues, cuando estaba aquí solo, ¿viste lágrimas en mis ojos?

RAFAEL. No...

DARDIO. ¿Aun no comprendes, ó no quieres comprender?...

RAFAEL. ¡Dárdio!...

DARDIO. ¡Ah!... Ya sé. Ella... sí... ella lloraba. Oyeme: sé como explicarme. Las luces aquellas me servian de espejo. Al través de sus rojizos reflejos, ví lágrimas, las creí mias.... Porque.... lloró al fin. Sus ojos como los de un niño que quiere y no puede llorar, estaban cubiertos de eso que aun no es agua ni lágrimas, pero que sin embargo, es el reflejo por donde claros y entre un aro de cristal movible se ven los sentimientos... así estaban sus ojos. Yo los ví, cierto, los ví, y.... No sé como...—Contéstame. ¿Por qué te contemplo impávido? ¿Por qué no me dices si estoy loco, ó es verdad que la ví derramar lágrimas, y que aquellas lágrimas... No me robes mi ilusion... debia yo beberlas... dar por ellas mi sangre? Contesta. ¿Es amor lo que sintió aquella mujer por Dárdio?

(D. Rafael va á contestar en el momento en que se oye un grito desde el interior de Adela, la que aparece como delirante, seguida de Antonio, vestida con un rico traje, en busca de Dárdio: el cual, al oir el grito de la Condesa, sale á su encuentro. Ambos se abrazan. La colocacion de los personajes

es la siguiente. Adela y Dárdio en el centro del escenario, á su derecha D. Rafael y Antonio. Recomiéndase á cada actor, para el buen efecto, la sensacion que puede producir la presencia de la Condesa en el escenario.)

ESCENA II.

ADELA, DARDIO, D. RAFAEL *y* ANTONIO.

ADELA. *(Saliendo.)* ¡Dárdio!

DARDIO. ¡Ah! *(Yendo á su encuentro.)*

ANTON. ¡Señora Condesa!

RAFAEL. ¡Ella! *(Estas exclamaciones, casi á un mismo tiempo.)*

ADELA. ¡Dejadme! ¡dejadme todos! *(Abrazando á Dárdio y mirando á su alrededor. Breve pausa.)* ¿Y qué? ¡Estrañais que esté abrazada á un hombre! ¡Oh, sí! debeis estrañarlo. *(Con ironía.)* Como yo no he amado nunca..

ANTONIO Señora...

ADELA. ¡Ah! sí.. miento. Mi buen mayordomo lo sabe... ¡Ojalá no hubiera conocido el amor ¿No es cierto? *(Mirando con intencion á Dárdio.)*

DÁRDIO. ¡Adela!...

ADELA. ¿Recordais la risa?... Se reirán ahora de nosotros tambien?... ¿Os reís acaso de mí?...

ANTONIO Serenaos.

ADELA. Sí. Mucha serenidad necesito; creo que la he perdido toda y con ella la razon... ¡Dios santo!... ¡me ahogo! *(Hace ademan á Antonio de que se aleje.)* Quiero hablarle... necesito decirselo todo..

ANTONIO Señora...

ADELA. No temais, dejadnos solos.

ANTONIO Recordad el lugar donde nos hallamos.

ADELA. Lo recuerdo.

DÁRDIO. (Busco el desenlace en mi mente y no le hallo Descarguen sobre mí las nubes de ese cielo.)

RAFAEL *(A Antonio.)* No comprendo...

ANTONIO Alejèmonos. Es preciso no excitar la curiosidad. *(D. Rafael y Antonio salen entornando trás sí la puerta.)*

ESCENA III.

ADELA *y* DÁRDIO.

ADELA. *(Murmullos en el interior.)* Con esos murmullos reclama, á no dudar, el exigente público, que Dárdio se presente otra vez en escena. ¡Público injusto! *(Al oir Dárdio gritar á la Condesa estas últimas palabras, momentáneamente, y como despertando de un sueño, y con extraño vigor, dice:)*

DÁRDIO. ¡No... Adela! Jamás. El público...

ADELA. *(Como interpretando el pensamiento de Dárdio y queriendo enmendar sus anteriores frases.)* No... no hableis más. Os comprendo. Sé cuanto podeis decirme, Dárdio.

DÁRDIO. Yo...

ADELA. Dejad... Acercaos. Más aún... Así. Estamos solos y va á abriros su alma el infeliz Dárdio; así dijisteis... ¿adivinais?...

DÁRDIO. Algo.

ADELA. Quiero teneros á mi lado... Quiero que mi aliento se infiltre por todos vuestros poros... quiero que sintais como late mi corazon, para que podais imaginar, vos que tanto me amabais, lo que esta mujer os ama tambien... No... no me interrumpais. Vos me habeis adorado con frenesí... lo sé. Y la risa asomaba en mis labios. Oidme ahora que mis palabras no nacen de donde se arraigan los falsos pensamientos, no; ahora que sólo son hijas del espíritu que aun vaga por el espacio y

que huirá muy en breve á la mansion eterna. ¿No es cierto que cuando contemplabais mi risa, muchas veces veiais tambien asomar á mis ojos, como estrellas refulgentes, lágrimas que os martirizaban aun más, por creer que eran producidas por aquella risa que tanto os hacia sufrir? Sí: eso pensabais.. y todos con vos. Pues aquellas lágrimas eran el torrente de mi pasion que brotaba del fondo del alma. Asomaban, entre falsa risa, por el temor de que pudieseis comprender, que en gotas de amarga hiel tenia envuelto mi corazon al escucharos. En mi pecho, lleno de ternura, no habia un lugar recóndito, ni una vena donde esconder la fuerza del pesar que me atormentaba. Quise, mas no pude retenerme aquellas lágrimas, que envolvia entre convulsivas carcajadas. *(Breve pausa.)* Despues que quedaba sola encerrada en mi aposento, privándome hasta de los rayos del sol durante el dia y de la luz de la luna durante la noche, envuelta en sombras que me adormecian, nada veia... Recordaba tan sólo que tambien amé.. que un hombre juró amarme y que fué engaño y mentira todo. ¡Perjurio y abandono en él, muerte y desolacion en mí!... *(Estas últimas frases debe decirlas la actriz con exaltacion, como arrastrada por el recuerdo de su historia).*

VOZ. *(Dentro.)* Don Julio, cuando gusteis.

DÁRDIO. Adela. El deber...

ADELA. No me lo repitais; lo comprendo... Quisiera... y no puedo... *(Oyense murmullos anteriores.)* ¿Oyes? No, ni áun ellos arrancarme lograrán de tu lado... ¡Ellos nada... La muerte todo!

DÁRDIO. ¡Cómo!

ADELA. Ella sí... Vosotros no... *(Con exaltacion.)*

DÁRDIO. ¡La muerte, jamás! *(Breve pausa.)* Si vida y felicidad puede rodearnos, ¿por qué llamas á la

muerte? Quiero vivir ahora más que nunca. ¿Me amas? Ya soy feliz. A un hondo precipicio, donde jamás pueda recogerla, arrojaré mi fama artística. ¿Qué vale el público que aplaude hoy al artista, y mañana le critica, ante el cariño de una mujer que hace grande al pequeño, héroe al cobarde? ¿Qué vale el amor que profeso al público, comparado con el que por tí siento, si él sólo me da aplausos, y tú me das tu vida y tu fé?... ¡Ah! ven... Vámonos... Termine esta lucha.

ADELA. Dárdio... *(Adela desde que ha principiado Dárdio á hablar, no ha dejado la risa aquella de cuando al empezar el diálogo.)* Es tarde ya... Pronto espiraré.

DÁRDIO. ¡Qué!... ¿Espirar tú?... ¡Imposible!... Dí que mientes... ¿Por qué anhelas la muerte, en este momento, si nunca estará más lejos de nosotros? ¿Por qué la buscas entre las fuentes de la vida? ¿Si ambos somos jóvenes y amantes, si tenemos ante nuestra vista un mundo de dichas y placeres?

ADELA. Ilusiones vanas. Flores marchitas al nacer. Oye, Dárdio. Pido con fé la muerte porque me estorba mi ya inútil vida, porque cada vez que escuchaba tu acento, más te idolatraba y una fiebre inlensa me hacia padecer... padecer mucho. *(Como quien va á contar y recuerda que le restan pocos instantes de vida.)* ¡Ah!... No puedo contarte. Es muy largo, muy largo... y mi vida es ténue como la luz que está próxima á apagarse. Sin embargo, aunque llevo á la tumba mi secreto, en la tierra queda quien le guarda y te lo contará.

DÁRDIO. Pero la muerte... la muerte que decias...

ADELA. Yo me la dí.

DÁRDIO. ¿Tú? ¡Es posible! ¡Jesús! ¡Jesús mil veces! *(Pausa.)*

ADELA. No podia vivir... necesitaba decir que te ama-

ba, y el recuerdo de aquella historia me quemaba la lengua al querer revelártela. ¡El temor... el remordimiento me consumia lentamente! Comprendí que tú me amabas; él tambien juró amarme; luego... la violencia... la fuerza... la infamia... el oro... y... ¡No, no!... Era preciso acabar con mi vida antes de que Dárdio viese á mis ojos verter lágrimas de amor por él. Un activo y abrasador veneno llevaba sobre mí: cuando me he convencido que era nuevamente presa de otro amor que me iba á quemar en su fuego, brevemente le absorbí, para apagar con él mi existencia.

DÁRDIO. ¡Desgraciada! ¡Qué hiciste!

ADELA. Darme el descanso eterno al darme la muerte.

DÁRDIO. Y con ella, quitar á Dárdio la vida. ¡Fatalidad! ¿Dónde hay dolor que con el mio se compare? ¿Qué me queda en el mundo? *(Murmullos dentro.)* ¡Ah! El público. Deja que el negro telon de duelo desaparezca de mi vista, y entonces verás que aunque humillado una noche y otra y ciento, seré tu vencedor mil veces y otras mil.

ADELA. ¡Dárdio!... *(Desfalleciendo.)*

DÁRDIO. ¡Tus ojos se nublan! ¡Dios mio! Y ¿he de verla padecer así? ¡Me destroza el alma su martirio! ¡Antonio!... ¡Rafael!... ¡Socorro!...

ADELA. ¡No llames!... *(Casi moribunda.)* luego... luego sí. Ya pertenezco á la muerte... Antonio, que cuente mi historia dolorosa. Debes saberla: quizás llorando te acuerdes algun dia de la que amándote muere. *(Espira.)*

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, ANTONIO *y* RAFAEL.

ANTONIO Vuestras voces...

RAFAEL. Tus gritos...

(Dárdio señalando el cadáver de la condesa.)

ANTONIO *y* RAFAEL. ¡Muerta!

DÁRDIO. ¡Muerta, sí! ¡Maldigo el amor que por mí sentiste, pues al revelármelo tus labios se apagó tu vida. ¿Qué consuelo puede haber para mí? ¿Qué me resta ya en el mundo? ¡Solo tu recuerdo! ¿Y quién lo borrará de mi alma? ¡Ah! El público, sí, sí... pero lo conseguirá por breves momentos. ¡Triste mision la mia! ¡Ea! Termine esta lucha. Sentimientos, conteneos en el fondo de mi corazon. Brote en mis labios la sonrisa y corramos en alas del deber á deleitar al público.

¡Hijo del arte soy: al arte me encomiendo!

FIN DEL DRAMA.

ERRATAS IMPORTANTES.

Dice.	Debe decir.
Pág. 24, línea 17. (¡Entre placeres!... ¡Adela! Dios mio!	(¡Entre placeres Adela!... ¡Dios mio!)
Pág. 46, línea 23. *El hombre del mundo.*	*El hombre de mundo.*
Pág. 47, línea 23. Yo no.... os amo.	Yo... no os amo.
Pág. 48, línea 31, Dios confio.	En Dios confio.